
Cuento

Para pintar a M

POR LUIGI LESCURE

Para pintar a M, usaría un pincel muy delgado. Lo mojaría en la luna y la trazaría con líneas rectas y finas, apenas unas suaves curvas en sus caderas. De la noche tomaría el color de sus ojos y cabellos. Eso sí, pondría fuegos artificiales en su mirada. Sus labios han de parecer frágiles pétalos de rosa pálida. Al final debe flotar sobre el lienzo y moverse con alegría de mariposa, aunque haya sufrido tanto.

Para M, la vida no había sido fácil. A sus veintisiete años había llorado mucho. Empezó a llorar a los nueve. A esa edad su tío la manoseaba. Pese a los *no le digas a nadie, no te harán caso, yo diré que mientes, eres una niña mala*, con los que el obsceno hombre la sugestionaba, ella venció la vergüenza y el miedo y habló. Las respuesta que obtuvo del resto de sus parientes fue incredulidad y un general y solidario “Ay niña, de dónde inventas esas cosas” en favor del tío. Sucedió como él se lo había advertido. Ni siquiera su madre y su abuela le creyeron. Así que, si ni las mujeres con quienes vivía en casa la tomaban en serio, qué importaba que la sarta de tipos con los que se acostó después en aje-

nas moradas tampoco lo hicieran. Mas ni de ese modo logró borrarse de la memoria y del pudor las asquerosas manos del impune familiar ni conseguir la atención de las mujeres que amaba. El despecho fue muy grande y el silencio mayor. Nunca les habló de frente de los hombres que hubo en su vida y en su lecho, desde entrada en la adolescencia. De todos modos las noticias siempre les llegaban por otras fuentes. Luego, a los dieciséis, un fulano, llamado Javier, que sí le gustaba, pero del que nunca se enamoró, le hizo un bebé y terminó de deshacer su reputación en la casa y en el barrio.

De allí en adelante M siguió llorando en silencio, pero supo salvar su sonrisa. Y lo hizo sola. Sin amigos, sin familia, sin maestros y sin iglesia. Lo hizo por ella y por su Raquel. El dolor y la decepción la llenaron de rabia, y como toro herido arremetió contra todos. Nadie pensaría que alguien que parece hija de un suspiro, tuviera la fuerza de un torbellino.

Pero a M no le quedó más remedio que ser así. Durante mucho tiempo huyó del dedo acusador, del pasado, de las malas referencias y del morbo de hombres que por ser madre



adolescente la juzgaban una mujer fácil. Sin embargo, ese juicio prematuro que tantos hicieron de ella es culpa de sus ojos. Y es que M, desde niña ha tenido una mirada de trampa. Quien cae en sus pupilas se hunde en un abismo de insinuaciones y probabilidades. No porque ella se propusiera mirar de ese modo, no. Simplemente porque así nació. Claro, con el tiempo tuvo mayor conciencia de las dotes hechiceras de sus inmensas esferas color noche y supo sacarles provecho. Hubo una etapa de su vida en la que varios amantes les dieron regalos y dinero. Así crió a su hija los primeros años. A punta de miradas.

Cuando la conocí, M había dejado de sembrar tormentas y probabilidades, al menos adrede. Su vida transcurría de una manera

que todos llamaríamos normal. Trabajaba de ejecutiva de atención al cliente para el departamento de banca personal en un importante banco. A las cinco de la tarde solía salir disparada, nunca sin dejar nada importante pendiente. Tomaba el Corredor Sur y en veinte minutos llegaba a casa para abrazar a Raquel. Tenía una felicidad promedio y así aspiraba a mantenerla. Había hecho nuevos amigos, se había reconciliado con sus padres, con la Virgen y con Jesucristo, mas no por completo con la Iglesia. Con ésta sólo se contentaría por conveniencia, dentro de un par de meses para casarse con Manuel. Él era un tipo apuesto, de buena familia y mejor corazón. Tenía un presente halagüeño y un futuro envidiable. Pese a que su familia se oponía a su relación

con ella, él la defendía contra viento y marea

Más o menos por ese entonces la vi por primera vez. Mejor dicho, ella me vio a mí y a mi trabajo. Yo me estacionaba en El Dorado y allí vendía mis cuadros. Me preguntó cuánto le cobraría por pintarle uno. Convinimos un precio e intercambiamos direcciones y teléfonos. A los pocos días fue a mi cuarto estudio en San Felipe. Entró con esos ojazos de encantamiento y con una foto para referencia. Quería que le hiciese un óleo de ella junto a Manuel. Sería un regalo de bodas que pronto colgaría de las paredes de la casa que estaban comprando. Seguramente mucho más amplia que el cuchitril de paredes viejas y descoloridas donde yo trabajaba y dormía.

Comencé el encargo de inmediato. Ella pasaba con regularidad para ver cómo avanzaba el trabajo. Sus visitas eran secretas. Nadie sabía del presente para su futuro marido. Se confesaba ansiosa por tenerlo terminado y complacida con los progresos que le mostraba cada vez.

A lo que pudo tomarme menos de dos semanas, le dediqué cuatro. Quería disfrutar de su compañía y contemplarla. M se fue abriendo conmigo rápidamente. No soy muy locuaz pero sí soy buen escucha. Aunque a ella sí le confesé varias interioridades que no voy a contar ahora. Un día me dijo, «Eres como el cuarto donde vives. Encierras muchas historias y guardas cosas hermosas dentro». En otra ocasión bromeó, también haciendo una analogía entre mi morada y mi aspecto, siempre desaliñado, con los cabellos largos y la ropa ajada. «Eres más lindo de lo que dejas ver. Sólo necesitas pintura nueva». En fin, me gané su confianza y su cariño y le entregué en silencio el mío, como a nadie.

Un mediodía se apareció en mi estudio. Estaba desconsolada. Las lágrimas le brotaron apenas abrí la puerta y se abrazó a mí. Su tío había vuelto. Si bien M nunca supo de él des-

de que se marchó a estudiar a España, su madre y su abuela sí mantuvieron contacto con él y lo habían invitado a la boda. Él aprovechó la ocasión para venir un mes antes de visita. Ahora la amenazaba con decirle a Manuel que Raquel no era hija de Javier, sino suya; que ella era una sucia que desde adolescente lo sedujo y luego a muchos más, por dinero o por simple gusto. Su silencio lo tendría que pagar con su cuerpo. «Todo eso son embustes, tú lo sabes» no dejaba de repetirme. «Sí, lo sé, lo sé», la consolaba acariciando su pelo. «Ya antes nadie me creyó. Ni mi familia. No quiero perder a Manuel». «Tranquila, yo te ayudaré», le prometí. «¿Cómo?». No le di explicaciones y cambié el tema por uno que la alegraría. «¿Quieres ver tu cuadro? Ya está listo». En realidad lo había terminado una semana antes. Sucede que recomenzaba el trabajo continuamente para demorar la entregar y mantener sus agradables visitas. Su compañía llenaba mi espacio, interior y exterior, de luz. Nunca le mostré verdaderamente avances, sólo retrasos. Pero consideré oportuno darle la pintura finalizada en ese momento. Y funcionó.

Dejó de llorar y la conduje hasta el único sofá que tenía. La senté y le pedí que esperara, aunque no iba a ir lejos. Sólo fui a hasta el caballete que tenía apoyado contra una esquina, detrás de mi atiborrada mesa, y descubrí el cuadro que había estado ocultando bajo una tela durante varios días. Hubo destellos en sus ojos. Se lo llevé y me senté junto a ella. «Así de felices se van a ver siempre, te lo aseguro». «Eres tan bueno y dulce conmigo», me respondió con un beso en los labios. Entonces detonaron fuegos artificiales en mi empolvado corazón y mil chispas ardieron en cada poro. Sus pupilas se pintaron con mil matices de ternura, agradecimiento y deseo. Estaba confundida. Yo, seguro. Su piel de luna fue lienzo donde tracé besos y caricias.

Vertí en su cuerpo frágil pincelazos de pasión. Me pinté de sus gemidos y abrazos. Pintura nueva que me faltaba.

Esa tarde durmió conmigo. Se reportó indispuesta y no volvió al trabajo. Al marcharse se llevó el retrato de los futuros esposos y dejó arrepentimientos y remordimientos tendidos en el sofá de este amante pasajero. Salió libre de culpas y llena de tranquilidad. Sobre todo porque le prometí llamar al tío y convencerlo de que no se interpusiera en su camino. Sospecho que sabía mi propósito.

En efecto, llamé al chantajista de placeres. Lo cité en mi apartamento, tarde en la noche, prometiéndole información escabrosa sobre su sobrina. Le aseguré que le sería de interés y utilidad. Él acudió gustoso y puntual. Nunca más salió. Al principio intenté persuadirlo por las buenas, pero cualquier argumento humano y razonable resbalaba en la conciencia de un ser tan perverso. Le clavé varios de mis pinceles y brochas, a los que me di la tarea de afilarles las puntas. Sabía que así terminaría mi apelación por M. Transformé las armas con las que enfrentaba mi inspiración y creatividad en mortíferas estacas. Pero era por una obra justa. Yo no podía quedarme con ella, pero él tampoco la poseería atemorizada otra vez. No le permitiría estropear su felicidad.

Esperé a que la calle estuviera vacía y bajé con su cadáver envuelto con las telas de mis lienzos, lo deposité en el maletero de su carro y conduje hasta Arraiján. Allí abandoné auto y cuerpo en una zanja profunda que encontré bien metida por un paraje que me pareció suficientemente escondido. Tenía la esperanza de que nunca lo encontrarán. De todos modos, me aseguré de traerme su cartera para simular un robo. Al llegar a casa destruí todos los lienzos en donde tenía pintada a M, los del encargo y otros. Quería cortar cualquier vínculo de ella conmigo y el homicidio, por si las moscas. Y mejor que fue así.

A los pocos días la policía llegaba a mi apartamento. En la escena del crimen dejé el celular del ajusticiado. Error fatal. Las últimas llamadas hechas y recibidas registradas en el aparato los condujeron fácilmente a mí. En fin, soy un artista, no un asesino. Me confesé culpable de inmediato. Mi profesión y mis utensilios explicaban los trozos de madera enterrados en la víctima que tanto llamaron la atención de los peritos. Más tarde una recua de testigos, el chofer y pasajeros del bus que tomé para regresar, me identificaron. Era fácil recordar a un tipo de cabellos largos y ropas ajadas que a altas horas de la madrugada deambulaba, pálido, taciturno y cansado. Alguno llegó a testificar que era como ver un apartamento viejo caminando.

Las fotos de víctima y victimario en los tabloides no detuvieron la boda. M insistió, pese al desconuelo de madre y hermana del difunto que fuera enterrado apenas dos semanas antes de la ceremonia nupcial que se publicó en las principales reseñas sociales de diarios y revistas.

Hoy, M lleva una vida normal. Logró mantener su felicidad, aunque asegura que por debajo del promedio. Una vez al mes hace el esfuerzo por visitarme en la cárcel. Tiene que hacerlo como iba a mi apartamento, sin que nadie conocido lo sepa. Esta es la parte que entristece su vida y alegra la mía. Me refresco el corazón con sólo verla y escucharla contar sus rutinas. Ahora es gerente del mismo banco donde ha trabajado hace años. Entre seis o siete de la noche, ya no tan temprano como antes, llega a su nueva casa en Costa del Este para abrazar a Raquel y a Roberto, su hijo menor. Dice que le gusta pintar.

LUIGI LESCURE Publicista y actor teatral. Autor de dos libros de cuentos: **Pecados con tu nombre** (2007) y **Capítulos finales** (2007).